

MAESTRO DEL CUENTO

María Bengoa

Antonio Pereira, autor de culto del género breve, publica una recopilación inédita de prosas autobiográficas llenas de humor sobre los años en los que frecuentaba ambientes literarios y se formaba como escritor. José M^a Merino o Luis Mateo Díez han citado a Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923) como su maestro; pero él sigue siendo un escritor de minorías, aunque críticos y autores reconocen su magisterio en la línea de Ignacio Aldecoa y Medardo Fraile. Este leonés ha publicado unos 150 cuentos y lleva toda una vida (16 títulos) dedicada al relato. Destacan 'Cuentos para lectores cómplices' (1989), 'El síndrome de Estocolmo' (1988) y 'Los cuentos de la Cábila' (2000). Pereira también ha cultivado la poesía recientemente recopilada por Galaxia-Guttenberg en 'Meteoros'. La principal característica de su literatura es despojar de ganga el texto hasta quedarse con lo esencial, así que, desde 'Una ventana en la carretera', Premio Leopoldo Alas 1966, cultiva el género breve.

En su última entrega persigue una vez más la palabra justa de un lenguaje adscrito a la tradición realista castellana que, entre elipsis y sugerencias, mima el texto, lo adereza con un pródigo vocabulario próximo a lo popular, y huye de cualquier exhibicionismo verbal.

Además, esta 'Divisa en la torre' reúne un material de imposible clasificación que se ríe de los géneros para provocar sonrisas entre el apunte memorialístico y la autoficción, echando mano de diarios y recuerdos, mezclando el retrato y la anécdota para hablar de sus impresiones sobre una visita a Aleixandre, un encuentro con Borges, otro con Cela, charlas compartidas con Gamoneda, o desternillantes títulos como 'El escritor al volante' y 'Los hispanistas', que cuenta cómo trataban de reproducir una tertulia española en Norteamérica.

Vida diaria

Pero, sobre todo, Antonio Pereira nos habla de sí mismo, de ese personaje en primera persona que fue joven aprendiz, carne de tertulia literaria (El Gijón, con su relato 'El anacoluto', encuentros editoriales con personajes de distinto pelaje...), que sabe hacer provechosa la anécdota nimia y cotidiana para elevarla a excelente literatura con su mirada irónica y esa socarronería tan propia que suena a coña berciana.

En 'La divisa en la torre' «el románico acrecienta el frío», C.J.C. es un peligro que increpa a un librero de pueblo porque no pone sus libros en el escaparate, el librero pasa de él, y Pereira respira cuando por fin se larga el Nobel. Se habla de poetas y mantenedores y de un escritor que «odia los autos que le han robado una ciudad que tenía muy bien soñada».

Todo es precisión del lenguaje, delicadeza en el tratamiento y erotismo venial antes de calcular con frase exacta el efecto último. En estos retales literarios (algunos de media página) «una sonrisa ancha de mujer, boca bien armada, y un cuerpo rotundo» se le aparece al escritor en una invitación política de bodeguilla. El lector, encantado, no consigue eludir la sonrisa proporcionada por la ironía impenitente de este gran contador de historias mínimas. No se las pierdan.

